

FERNANDA
GARCÍA LAO

FUERA DE LA JAULA



emecé

Índice de contenido

[Portadilla](#)
[Legales](#)
[Aurora, 1956](#)
[Punta de flecha](#)
[Calas blancas](#)
[El cascarón que fui](#)
[Reposo terrible](#)
[Fabulosa realidad](#)
[Dedito afilado](#)
[Avanza el enemigo, estrofilla bélica](#)
[Dos días muerta](#)
[Los deseos del Coronel](#)
[La copia de la copia, estafa](#)
[Inalcanzable, doblete](#)
[Lana o timbre](#)
[Como un lamento](#)
[Apología del odio](#)
[Rostro imita forma](#)
[Operación masacre](#)
[Sentados de cuatro a cinco](#)
[Buda y yo](#)
[Pandora, caja tétrico-musical](#)
[Las anotaciones del Coronel](#)
[Desorden latino](#)
[Horacio Tabardi, patada fusca](#)
[Los que quedan](#)
[Ellos dos, acción miserable](#)
[Se eleva](#)
[El cerebro de Man, defensa](#)
[Fredo onírico, ataque pasional](#)
[Las suposiciones de Yedra](#)
[Su rojo pabellón, alarde](#)
[Diario íntimo de Man \(Prohibida su lectura\)](#)

22

La vida rinde

Man

Fredo

Yedra

Domingo

Diario (casi) íntimo de Man

Contra el objeto, balada retraída

Lo que Lana dice

Restos de vida, saeta

Lana sin domesticar

Oír se dejan

Ideas que me ocupan

En fantástica visión

Delirios como piedras

Sed de cielo

El ala es paño

Del sol nacida

Recapitulación

Vendrán desde lo alto

Una clave

Comité: tocata y fuga

Mis queridos deformes

Fantástica batida

Cóndor lejano

El nuevo

Rumbo fijo

SalvaBuda

Secretos vitriólicos

La doctora Heine

Noche de ignorancia

Alta en el cielo, karma

Minutos concluyentes

No tan pura

El metal de una voz

El tiempo corre al revés

[Norma, 1975](#)

[Severino, 1989](#)

[Imagen 1: Silueta quebrada](#)

[Imagen 2: Vibración](#)

[Perspectiva amarga](#)

[Santa Nada, detalle](#)

[Imagen 3: Maraña](#)

[Objeto 1: Tareas](#)

[Repugnancia](#)

[Sensación 2: Captura poética](#)

[Imagen 4: Contrastes simultáneos](#)

[Coleópteros en red](#)

[Las antenas hacia atrás](#)

[Objeto 2: Oscuridad](#)

[Superposición 1](#)

[Lucrecia](#)

[Sensación 1: Cinismo](#)

[Fuera de la jaula](#)

[Fotocomposición Goyita](#)

[Naturaleza muerta](#)

[Sensación 3: En guerra](#)

[Reiteración orgásmica, boceto](#)

[Visiones móviles](#)

[Collage](#)

[Imagen 5: Deterioro](#)

[Cine mudo](#)

[Espacio desconectado](#)

[Falso ojo, collage](#)

[Preparación del lienzo](#)

[Retrato o vidriera](#)

[Técnicas de color .La fiera](#)

[Peor para todos](#)

[Ella se pierde](#)

[Fuck the wall, graffiti](#)

[Osadía](#)

[Jardín del Edén, detalle](#)

[Imagen 8: Pomada](#)
[Oídos sordos, retablo](#)
[Piedad orgásmica a mano alzada](#)
[Estética fatal](#)
[Vilma se nos fue, discurso](#)
[Senza pietá. Detalle](#)
[En pausa](#)
[Victoria, tinta china](#)
[El mismo objeto sin brillo](#)
[Sin luz no hay forma](#)

García Lao, Fernanda

Fuera de la jaula. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2014.

E-Book.

ISBN 978-950-04-3646-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.

CDD A863

© 2014, Fernanda García Lao

c/o Guillermo Schavelzon & Asoc. Agencia Literaria

info@schavelzon.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Imagen de cubierta: Silvana Mangano en Teorema (1968), filme de Pier Paolo Pasolini

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2014

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3646-5

Fuera de la jaula

Fernanda García Lao

Fuera de la jaula

Para G, mi yo invertido

Años como polillas corroen los órganos internos.
MINA LOY

Aurora

1956

Punta de flecha

El día de mi muerte estaban todos. El invierno se había detenido y giraba sobre sí mismo como un tornado. Era una fecha patria, no recuerdo cuál, pero estábamos exultantes. Había enormes escarapelas cosidas a la ropa, a las cortinas, al pecho. Chorreaban nuestros corazones en límpidos destellos. Y reíamos.

Yo amaba ese tipo de celebraciones. La abundancia en el vestir, en el decir, me hacían sentir histórica.

Yedra había planchado las camisas y los trajes pálidos de mis hijos. Vestían iguales, bajo lema.

Antes de ir al Puerto a recordar la hazaña olvidada, salimos al patio trasero para cantar el himno. Arriábamos la bandera con cualquier excusa. Nuestro delirio marcial ya no sorprendía al vecindario. El oído plano de esa gente sin patria había incorporado los clarines y estridencias de las batallas que inflábamos contra la amnesia, con la sumisión típica de la clase acordada.

Esa mañana, el Coronel y yo nos ubicamos en fila india. Él adelante, yo no. Yedra, a un costado, controlaba el tocadiscos. ManFredo, un poco más lejos, observaba el sol o su contrario.

Desde el cuartito de revelados, los ojos grises de Lana brillaban en la oscuridad.

Cantábamos con la mirada fija en el norte, corridos, con el eje rengo. Las palabras amargas y el aliento recién levantado caían sobre las baldosas frías. Yo decía Vamos, con fuerza. Pero nadie me escuchaba. Mi familia cantaba sin fervor. Las antiguas glorias sonaban cada vez más aguadas, más chirles. La única que cantaba con encono era yo. Exageraba los finales para demostrar mi capacidad pulmonar. También gesticulando era excesiva. Marcaba el compás con el pie derecho, taconeando para sostener el ritmo. Porque si no, el grupo se caía. No es fácil liderar tanta sordera.

Sin embargo, ese día había nacido para la tragedia. En la mitad de una frase, *al purpurado cuello*, un imponderable provocó mi silencio. Y después, el declive.

De algún modo, un elepé se clavó en mi yugular como un bumerán demente. Y no entendí quién o qué me lo había lanzado. Tal vez, la poética sangrienta de la frase se había encarnado en mi cuello. Ensangrentada, dije algo que nadie entendió, mientras un coágulo manchaba mi vestido. Me brillaron las pupilas encandiladas de muerte y después me agité. Los ojos se detuvieron en pleno vuelo y quedaron aleteando sin ver, llenos de imágenes de la familia que, ausente, se derretía como manteca al fuego. Ellos seguían cantando despacio, imperturbables.

Fue tan inesperada y hermosa mi muerte que, por un instante, nadie reparó en ella. Ni siquiera yo.

—La señora está rara —dijo Yedra, de pronto.

Perdí el equilibrio y el Coronel quedó paralizado. Man se tapó los ojos. Fredo sonrió como un quiste abierto.

Domingo le ordenó a Yedra que detuviera el tocadiscos que giraba inútilmente. El lado B, versión de la Policía Federal del 45, se había terminado. En mi cuello goteaban sus corcheas. Así me terminaron. El patriotismo duele. Una crueldad consciente y desquiciada le tira en contra.

—¿Se suicidó? —preguntó el Coronel, temblando.

—No sé, me estaba acomodando una media —contestó Yedra.

Man miró a la izquierda, Fredo a la derecha. Nadie, nada. Sólo algunas bolsas de plástico danzaron sugerentes junto a la medianera.

Una lluvia ligera se descolgó del cielo en el instante en que el Coronel lloró. Le había entrado una basura en el ojo.

Se miraron y no supieron qué. Finalmente, Yedra reaccionó y llamó a la doctora Heine, que vivía a la vuelta. Nadie quería tocarme. Tuvo que ser ella la que me sacara el disco del cuello.

En el LP, quedaron algunos montículos secos, costritas mortales que nadie vería. Si lo hubieran escuchado, la púa se habría detenido frente a esas elevaciones de leucocitos muertos. *Al purpurado cuello, al purpurado cuello.* Pero nunca quisieron escuchar mi muerte.

El Coronel prometió encontrar al asesino, pero la complejidad de la tarea terminó dejándolo afuera de la investigación. Sin haberla comenzado.

Calas blancas

Antes de que llegara el maquillador de la funeraria, llevaron mi cuerpo al cuartito. No pude deducir qué hacían conmigo. Cuando entró el Coronel, la doctora se retiró. Las manos escurridas de Yedra borraron toda huella posible de mi cuerpo. Me lavó con un trapo y yo me entretuve viendo el jabón mezclado con la sangre.

Después, Domingo me miró agradecido y se puso manos a la obra.

—Dejanos solos.

Yedra cerró la puerta. Lana se hacía la desentendida, dejando su hombro desnudo en ángulo recto con la nariz impura.

—Por fin va a servir para algo —dijo con su voz finita.

—No seas tan dura —replicó el Coronel—. Acostate. Ya me erecté.

Esas palabras son las últimas que escuché con claridad. Después, parecían flotar bajo el agua. El efecto de inmersión todavía me acompaña. Tras perder el audio, el mundo se destiñe. Sigo viendo las formas, como detrás de un vidrio. Pero la muerte opaca.

El caso se cerró esa misma tarde. Se entendió como accidente doméstico para no llamar la atención del vecindario ni de la policía. Idea de la doctora Heine, psicóloga quizás.

El entierro fue rápido. Me velaron con tapa para disimular el tajo. Algunos amigos del Coronel pasaron a tomarse un refrigerio y el patio se llenó de coronas. *De tus amigas del Comité* era la más hermosa. Calas blancas, cintas violetas de exquisito terciopelo y letras doradas, enviadas por mis cómplices hipertensas: las damas del Fulgencio López.

La última en llegar a mi velorio fue Buda. Apareció fumando y provocó un pequeño revuelo, sofocado por la aparición de las carnes blancas.

Mientras los demás comían, ella se quedó junto a mí, sentada y seria. Sin fingir llanto. Los otros habían abusado del sistema de condolencias y ahora masticaban con fervor. Ella miraba inquisitivamente al Coronel, a los chicos, a Yedra.

ManFredo permanecía atrás del biombo y sus cabezas se asomaban por turno. Porque estaba el General. Cuando venían los altos mandos, los deformes se mantenían en reserva.

Yedra sirvió licor y tostaditas de pavo. Yo hubiera preferido otra cosa. Pero no podía moverme.

El más afectado parecía el Coronel. Decía amarme a pesar de mi carácter, de mi pasado ligero y mi rispidez mental. Después de dedicarme algunas frases rimbombantes, pasó a hablar de resortes, sin solución de continuidad. Era su tema preferido.

A Lana no la sacó: hubiera sido demasiado.

Al día siguiente, me subieron a un vehículo largo, me bajaron a un agujero y allí me plantaron, en tierra seca. No hubo lágrimas ni una flor. Nada para el recuerdo. Fui un trámite sin importancia.